

**FERNANDO BRAGA MENÉNDEZ**

**EL HILO  
INVISIBLE**

**UN AMOR INOLVIDABLE EN  
EL NUEVO HORIZONTE MUNDIAL**

**NOVELA**

**PRÓLOGO DE HORACIO GONZÁLEZ**

 **Ediciones Continente**

Se produce un cruce casual y atrevido en un tren suburbano. Encuentro por el cual termina formándose una pareja especial, a la que ambos, por momentos, hasta parecen predestinados.

A partir de ese día, Mercedes y Federico construyen un dúo de amor y sexo que se percibe como indestructible. Dos seres con pasados intensos y distintos, donde ella parece más fuerte, pero él tampoco es débil, y donde ambos son esencialmente honestos.

En paralelo y entrelazada con esta historia, se transparenta la trama social que nos marca desde el siglo diecinueve hasta nuestros días. Así aparecen los tres mojones escalonados claves (Marx, Lenin, Mao) que expresan saltos cualitativos y nos introducen en el horizonte que se le abre a nuestra especie: más humano, más vivible y más civilizado. Situaciones y realidades que la pareja va descubriendo por separado y gradualmente.

La novela se adentra en los personajes hasta sus vivencias más profundas con un relato claro y comprensible.

Como novela política, refiere de alguna manera a La Libreta Negra, anterior novela del mismo autor. También, como aquella, te atrapa hasta el final. El hilo invisible nos introduce en un mundo diferente, atractivo, por momentos divertido y con una firme sugerencia geopolítica esperanzadora.



*“Braga Menéndez es un narrador que hace crecer situaciones vertiginosamente, a través de la chispa de diálogos rápidos que mantienen al mismo tiempo la verosimilitud y el absurdo, y culminan en un remate gozoso.*

*Su libro entrelaza en todo momento los rasgos de seducción amorosa, entre lo visible y lo invisible, y el otro hilo histórico que atraviesa toda la trama. Vista así, Fernando Braga Menéndez ha escrito una novela profética”.*



### **Fernando Braga Menéndez**

Siendo muy joven, Fernando Braga Menéndez dejó la Facultad de Filosofía y Letras porque escribir unitarios para TV le exigía dedicación exclusiva. Cuando lo presionaron en la TV para que escribiera cosas más livianas, optó por la publicidad, donde lanzó marcas hoy muy famosas. Ha vuelto a su primer amor: estrenó *Rosalinda en el Konex*, publicó *Textos*, un libro de poesías que le valió la invitación al Festival Internacional de Poesía de La Habana, y la novela *La Libreta Negra*, que tuvo buena venta y un muy buen grado de aceptación y comentarios. Hoy, *El hilo invisible*: una novela para aventurarse en un amor en serio y una prospectiva muy positiva y posible.

[fbragamenendez@gmail.com](mailto:fbragamenendez@gmail.com)

Fernando Braga Menéndez

# **El hilo invisible**

Un amor inolvidable en el nuevo horizonte  
mundial

NOVELA

Prólogo de Horacio González

 **Ediciones Continente**

# Índice

Cubierta

Contratapa

Biografía del autor

Portada

Prólogo

El hilo invisible

Créditos

Otros títulos de esta editorial

## Prólogo

*El hilo invisible* juega con la perspectiva de ser una novela de tesis, pero su fuerza narrativa reposa en los momentos minuciosos donde el hilo es el amor –el amor entre Mercedes y Federico–, mostrado con desenfado y gracia. Braga Menéndez es un narrador que hace crecer situaciones vertiginosamente, a través de la chispa de diálogos rápidos que mantienen al mismo tiempo la verosimilitud y el absurdo, y culminan en un remate gozoso. Sus personajes juegan el doble papel de vivir en estado de juego –lo que les da un singular aire de travesura– y abierto permanentemente al retozo. Pero también cumplen con un destino que se expresa emotivamente: el de cargar con la demostración de que hay un “hilo invisible”. Es el de la historia mayor, una historia que nace en la voz del profesor Luzuriaga, que abre la novela y es el encargado de trazar, en forma pedagógica aunque picaresca, el cuadro de los acontecimientos relevantes del siglo XX, derivados del día en que un puñado escaso de sombras dolientes entierra a un gran personaje en el cementerio de Highgate, en Londres. Es el sepelio de Carlos Marx, comienzo de una cuerda tendida que a

primera vista no se ve, pero que luego de diversos avatares concluye en los tiempos actuales con la enigmática Revolución China, y su poderosa actualidad que siempre es motivo de controversias.

Se podría decir que la “tesis” de Braga Menéndez es que hoy en China se está expresando una porción muy importante de la humanidad a través de una experiencia única que antes que una mixtura de capitalismo y comunismo, es el ascenso a una conciencia humana más feliz y constructiva, que mantiene en su trasfondo no adulterado el mensaje que destilaba aquel núcleo primigenio de personas, unas pocas, que acompañaban a Marx a su última morada. Ahora millones de habitantes de China reencarnan la epopeya, en la cual se inserta aquel cortejo fúnebre londinense.

Para mostrarlo, Braga Menéndez salta con destreza y espíritu risueño a la historia de amor de Federico, el personaje aventurero surgido de enredos familiares desatinados, seductor, de conciencia libre y artística, pero socialmente indiferente, y Mercedes, una bella mujer, curiosa por las hendiduras y desigualdades que muestra el mundo. Mercedes, entre el candor y el llamado de aquel “hilo”, hace su opción política y profesional en el regazo argentino del peronismo. Mercedes y Federico no son arquetipos; son seres que hablan en el estilo singularísimo del coqueteo, el erotismo y el atrevimiento que les prepara Braga, con escenas familiares de sutil pintoresquismo, detallismos risueños y a la vez emotivos. Las atmósferas son aéreas y a la vez concisas.

La novela sostiene un espíritu hilarante pero con seriedad en las piezas que va montando: la apología emotiva de la actual vida china, donde se luce Braga con imaginativas pinceladas, con un optimismo formulado sin

ligereza, del momento por el que pasa esta gran nación, que cruje por dentro a través de sus grandes realizaciones tecnológicas y la incorporación de millones de personas a una vida feliz.

En el final, la novela adquiere una dimensión íntima y trascendente donde en ambos protagonistas se percibe un amor mutuo e incondicional, y en particular resalta la desprejuiciada apertura de Federico que al mantener siempre vivo el hilo de la historia política, transmite que se abre una utopía mayor, un esperanzador mundo nuevo.

La generosa alegoría así construida entrelaza en todo momento los rasgos de seducción amorosa, entre lo visible y lo invisible, tanto como el otro hilo histórico que atraviesa toda la novela. Vista así, Fernando Braga Menéndez ha escrito una novela profética.

HORACIO GONZÁLEZ



El profesor Luzuriaga era un tipo, diríamos, atípico.

Su clase en la universidad comenzó con diecisiete alumnos, pero se fue corriendo el rumor y en esa tarde fría y lluviosa de agosto en Buenos Aires el aula ya contaba con casi sesenta oyentes.

El rumor decía que eran exposiciones sorprendentes, curiosas, entretenidas.

Luzuriaga no tendría más de cuarenta y cinco años, parecía bastante ensimismado o introvertido, aunque tenía una sonrisa amplia y generosa y era ágil y atractivo.

Aquel martes empezó la clase con una descripción tétrica.

Habló, en un histriónico y deliberado tono lúgubre, como para asustar niños, de un cementerio en Londres, un día también frío y lluvioso de 1883, con ese viento helado de los inviernos ingleses.

A veces parecía que amoldaba el tema de sus clases a la temperatura, la humedad y el clima del momento y el lugar. Quizás era para poner más en situación a los alumnos o, a lo mejor, sólo era que el clima le inspiraba los temas que a él siempre le brotaban distintos, interesantes y a borbotones.

Muchas veces parecían improvisaciones inventadas, aunque guardaban siempre una lógica y un rigor histórico, estilístico y político.

Pues bien, en ese cementerio inglés se estaba terminando el funeral de un personaje de sesenta y cinco

años bastante paradójal: intelectualmente portentoso y personalmente muy carenciado.

Al protagonista del entierro -el muerto- lo habían expulsado de varios países, ya se le habían muerto cuatro de sus siete hijos, hacía un año y pico había quedado viudo, siempre fue pobre y muy apasionado, vivía en un cuartucho frío y venía acumulando variados dolores, pleuritis y pulmonías.

El cortejo se componía, a lo sumo, de seis o siete de sus seguidores y tres o cuatro vecinos. Y una mujer, su hija Eleonora.

Un amigo hizo un discurso breve y encendido y luego, cabizbajos, todos se retiraron, caminando lentamente, bajo el frío y la llovizna.

Creo que a Luzuriaga le surgía naturalmente crear suspenso y cierto misterio en sus relatos de clase. Esperó a describir que el grupito de los cabizbajos ya se perdía en los confines del cementerio, para finalmente decir que quien acababa de morir y ser enterrado, aquel día neblinoso de Londres, era Carlos Marx.

En el aula se murmuraron algunos comentarios y sonrisas cómplices.

Pero a cartón seguido, sin ni siquiera medir o registrar si causaba sorpresa su revelación, continuó con su narración.

-Ese hombre, de joven, había estudiado Derecho, Historia y distintas filosofías, entre ellas la de Hegel, aquel pensador, alemán como él, que vimos hace unos meses. ¿Se acuerdan? -agregó-. Los planteos de Hegel le resultaron muy válidos, inteligentes, pero él los dio vuelta.

Y agregó en una voz más baja pero audible y como diciéndoselo a sí mismo:

-También podría decirse que vino a esta vida para dar vuelta todo, no sólo a Hegel, para intentar dejar al mundo patas para arriba, a como pudiera.

Ahí, las risas y sonrisas se generalizaron.

-¿Qué quería decir que dio vuelta la filosofía de Hegel? Explicándolo someramente, Hegel decía que el espíritu, los conceptos y las ideas preexistían, y que al mundo que nos rodea lo preformateaban, o sea, que la realidad concreta era una proyección, una derivación de aquellos conceptos. Y desarrollaba asimismo una serie de leyes dialécticas interesantísimas, que regían ese mundo, espejo y reflejo de aquellos conceptos abstractos. A esas reglas, nuestro protagonista las estudió y adoptó, porque le resultaban inteligentes, muy correctas y, quizás, aplicables a sus futuras pasiones y designios. Dio vuelta a Hegel en el sentido de que sostenía que la realidad no era una consecuencia o reflejo de abstracciones espirituales o conceptuales, sino justamente al revés: la dinámica propia de la realidad, los intereses y luchas concretas de los hombres por la supervivencia, el afán de minimizar los esfuerzos y maximizar los resultados o las ganancias, la disputa entre las clases sociales, los hechos empíricos y las relaciones de producción y poder, eran los que terminaban generando las ideas y conceptos complejos -como enumerando, siguió- como los sistemas jurídicos, las ideologías, las religiones, los regímenes políticos, las instituciones internacionales, el arte, etcétera. Esa era su visión y luchó con tesón duramente, para hacerse entender y, en lo posible, imponerla. Hegel era brillante, pero... Nadie hubiera podido suponer, en aquel cementerio, que de ese grupito exánime y castigado por el frío podría trascender algo y, menos, resultar duradero y conmovedor en todo el mundo, a lo largo de décadas. Aunque ese

cadáver dejaba escritos muchísimos textos y pensamientos, la mayoría apuntando a una sociedad mundial igualitaria y destinados siempre a desbaratar los argumentos de quienes tenazmente se oponían a esa sociedad realmente igualitaria, aunque dijeran lo contrario. Las muchas semillas que plantó fueron todo un desafío, no sólo a Europa, a todo el planeta. Ya comentamos en otras ocasiones que las transformaciones las logran los pueblos y no tanto los héroes. Aunque, además de los pueblos, siempre hay hombres y mujeres que surgen como emergentes de esos caldos de cultivo que son las sociedades -dijo Luzuriaga-. Seres singulares que explican, aceleran u orientan esos cambios. Hoy vamos a hablar de uno de esos emergentes, de Carlos Marx, no uno cualquiera, uno muy especial por su trascendencia en el tiempo y porque sus retos y desafíos teóricos lograron transformaciones que sobrepasaron su tiempo de vida y las regiones geográficas donde ésta transcurrió.

Y Luzuriaga agregó con una sonrisa y fingida sorpresa:

-Transgredió tanto, que en los hechos, casi se transgredió y contradijo a sí mismo, en lo central de su propia teoría. Porque su pensamiento, el del muerto ya hace más de 120 años, sigue inspirando e interpelando a las sociedades y desencadenándoles transformaciones -continuaba Luzuriaga-. No es sólo su pensamiento, por supuesto, son enfrentamientos sociales, luchas y contradicciones, como él mismo sostenía, pero, además, también es su pensamiento el que hoy sigue generando cambios, aunque a él no le gustaría reconocerlo (*risas*) y no querría darle ni un poquito la razón a Hegel (*otra vez risas*). O sea, el pensamiento no es el único actor, pero es parte muy importante de las transformaciones sociales. Como desde el día en que nació pasaron más de 200 años,